

Velada en el salón de madame Tusquets

La editora presentó la antología de poetas catalanes de José Agustín Goytisolo

EMILIO MANZANO
Barcelona

Sólo eran audíbles el ñigu-ñigu de los zapatos sobre el parquet, el din-dan que anunciaba la llegada de los tardones y los bisbiseos que acompañan las lecturas poéticas. La vida social (los cuántotiempos y los peroquébienteveos) parecía imponerse a la poesía en el domicilio particular de Esther Tusquets, donde se presentaba la antología y traducción que José Agustín Goytisolo ha hecho de "Veintiún poetas catalanes para el siglo XXI" (Lumen).

Qué cosas: de la zona de recitados, al fondo del salón, una voz cavernosa hablaba de una navaja cada vez más cerca del cuello; a nuestra espalda, Cristina F. Cubas pedía algún instrumento filoso para separar los pliegos del volumen. Desde nuestro exilio dorado junto a la puerta de la coci-

na —un simpático beaujolais, una fuente de croquetas "nouvelles" y un Jaume Vallcorba que nos recitaba por lo bajo sonetos de Louise Labé— se contemplaban los mejores cogotes de la literatura catalana. Hasta había uno perteneciente a la delegada general del libro.

Parecía inminente la aparición del uruguayo con mirada de buey que, según J.A. Goytisolo, aparece siempre en estos eventos para emborracharse, cantar tangos y recordar a su mamacita (vid. "Sobre la temporada en Barcelona") cuando tronó en el salón de madame Tusquets la voz de Narcís Comadira. Francesc Parcerisas también hizo lo posible para que los desterrados del decibelio tuviéramos acceso a la poesía catalana del siglo XXI. Pero sin duda el gesto más bizarro de la tarde fue el de Pere Gimferrer —y no sólo por llegar hasta esa elegante avenida barcelonesa desafiando un ventarrón de pronóstico—: se puso en

pie para recitar su "Luz de velintonia", sabedor de que recitar poesía de sentado resulta tan poco saludable como comer de pie.

Milena Busquets, pese a ese nombre de pila que parece condenarla a sufrir desdenes kafkianos, es una joven eficazísima. Recibió a los invitados, distribuyó ejemplares, vació ceniceros y no se equivocó de puertas al acompañar a las visitas —no en vano el hogar materno ha sido el suyo hasta hace poco—. La televisión, desenchufada, dormía entre tanto bajo la edición de las planchas de "L'Encyclopédie" de Diderot y D'Alembert.

Madame Tusquets, en la apoteosis del anfitriónismo, se quejaba de que ya nadie se queda hasta las tres de la mañana. Mucho gusto, fue un placer. ●

Crítica de "Veintiún poetas..." en la página 47